

4. DE SUS NATURALES

En última instancia, los lugares se definen por sus gentes. Ellos son los que aportan las características y peculiaridades comunes a todo grupo humano.

En este apartado se habla de alguna de esas personas. No tienen nombre, apenas poseen rasgos, pero sí tiene cada una de ellas algo que les caracteriza y hace singulares: el ciego, el solitario que pasea con su perro, la viuda que ya nada espera de la vida, la pareja de ancianos sentados al sol, el pastor que regresa con su rebaño al atardecer entre el polvo dorado del ocaso.

Y es que, donde en otro tiempo hubo grupos, hoy hay individuos, personas anónimas o no, con su vida a cuestas y su circunstancia retratada en las arrugas de sus rostros, en el gesto, en la manera de caminar o pararse.

También ellos son islas sin mar donde no atracan barcos. Islas de la memoria que dicen su mensaje sin palabras y componen un muestrario vital con vocación de arquetipo, mosaico humano representativo de tantos otros hombres y mujeres que todavía habitan nuestros pueblos, vivos aún gracias a ellos. Son personas singulares, pero sobre todo seres sin rostro, presencias adivinadas tras los muros o presentidas en el paisaje, pero que arrastran consigo historias únicas y personales que podrían ser nuestras.

Alguien debería escribirlas.

Y lo mismo sucede con los animales domésticos o la pequeña fauna que habita los intersticios que el hombre deja para que prosperen y enriquezcan el micro-paisaje que forma el esqueleto de lo visible.

Un candado, una cerradura, una puerta cerrada, nos hablan de protección, secreto, acaso miedo y nos incitan al descubrimiento de lo oculto.

*...“Es una voz que escucho y que viene de antiguo,
de allá donde se comen las espigas...”*

Pablo Guerrero

“Caracterízanse los naturales destas islas por su carácter serio e taciturno, que a quienes no los hayan tratado de anterior, pudiera erróneamente parecer que estuvieran siempre malquistados e sería grave desatino, pues en conociéndolos e conociendo ellos de la condición e hechuras del forastero que llega a sus lugares en son de paz, ofrécenle su casa e llénanlo de agasajos e toda suerte de atenciones e viandas, incluso quitándoselas de la propia boca por no hacer menoscabo de su acendrado sentido de la hospitalidad.

Nunca se quejan por muchas tribulaciones que embarguen su ánimo, imprecán al cielo con fe aunque con la poca esperanza que les da su experiencia en asuntos de mediación divina e es maravilla ver cómo se huelgan con la satisfacción que muestran sus invitados e viendo el grande pesar que les embarga cuando el forastero ha de partir.

Asín fue recebido este cronista peregrino do quiera que pasara y asentara su cuerpo y alma e asín lo pone sobre este papel dando fe e certeza de cuanto más arriba disce, para conocimiento e instrucción de todos aquellos que determinen adentrarse por estos lugares tan dejados de todo cuidado e con tan buen aparejo si se ocupara dello gobernante que supiera bien dirigillos e ponellos en valor.”



No había nadie.

Tan sólo sol y aire
en la vacía calle.

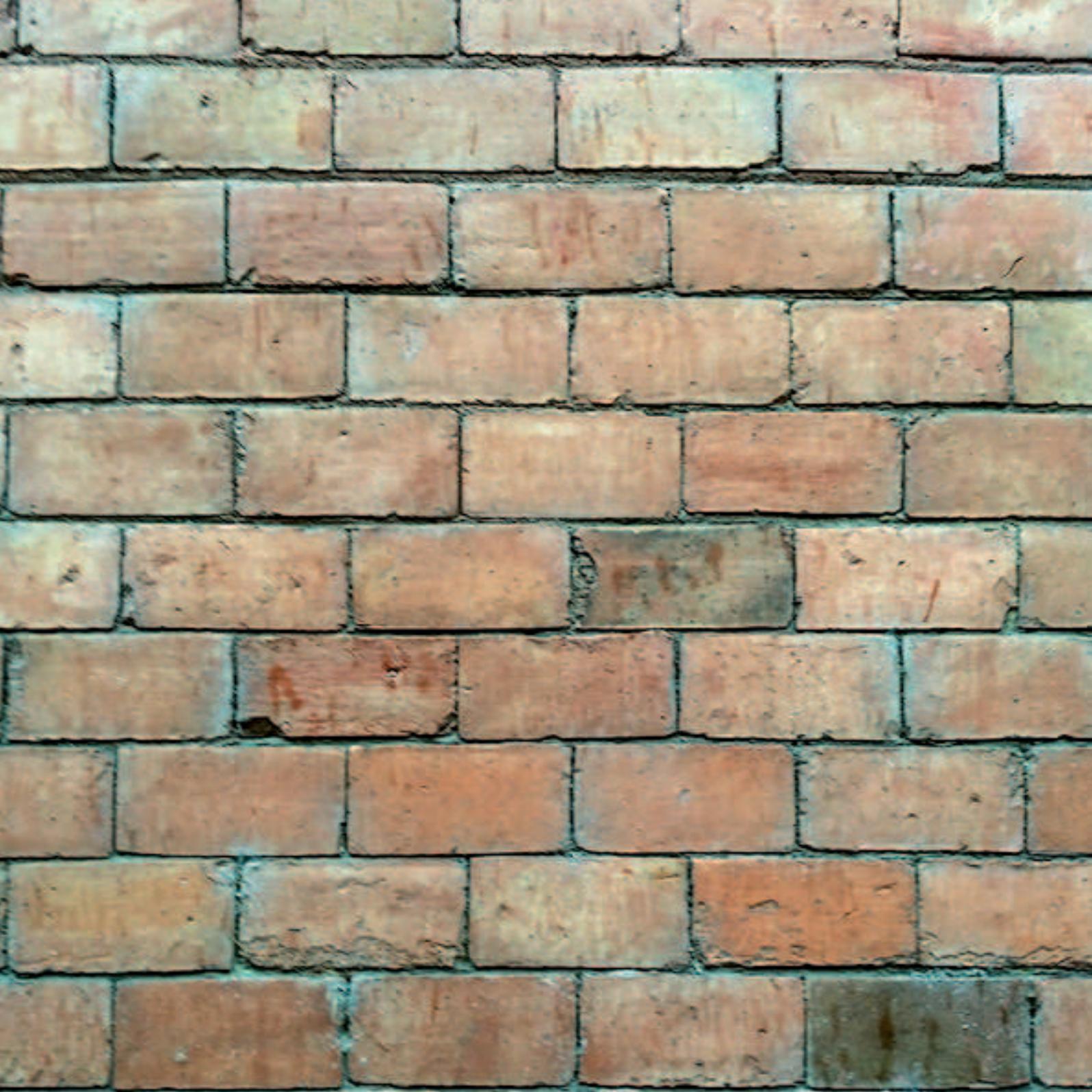
Alguien borró el mensaje
escrito en la pared.
Quizá un grito de auxilio,
unos versos de amor,
la llamada angustiosa
de quien no espera nada,
el gesto incongruente
de un ser desamparado.

Ya nunca lo sabremos.





¿Quién dibujó en el muro un corazón?

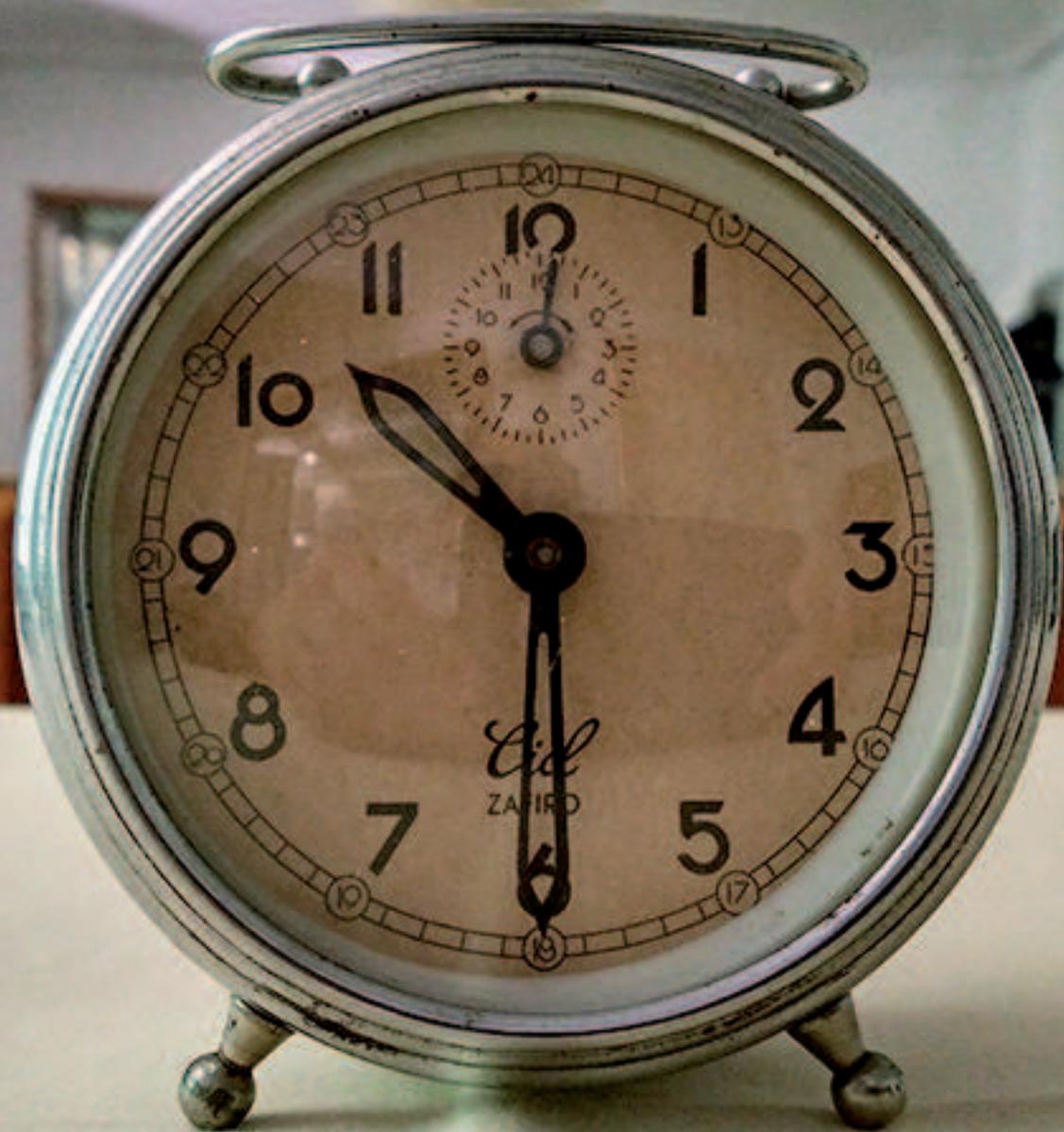


Apilando ladrillos,
muy bien alineados
en filas sucesivas, con
cemento y arena, el
agua necesaria, a
plomada y nivel, con
mis dos manos, he le-
vantado un muro.



Aquí vivieron hombres y mujeres.
También había niños.
Partieron a otras tierras más propicias.

En pos de sus afanes,
se llevaron los sueños.



Miro a mi alrededor
y parece
que nada cambió en siglos
¿Se ha detenido el tiempo?



Objetos arrumbados
en el rincón oscuro
del cuarto abandonado.
Hubo tiempos mejores.
Ahora sólo esperan
el paso de los días,
el final de su historia.



De la casa
conservo los olores,
la común distribución
de las habitaciones.
Su madera encerada,
sus baldosas
de rojo almazarrón,
me han impregnado el alma.
El guiso de domingo
irrumpiendo de pronto
a través del pasillo,
la blanca naftalina
en los armarios,
las rosas del jardín,
el comedor
que olía a membrillo todo el año.
tomaron al asalto mis recuerdos.



¡Qué habrá tras la ventana!
Mirar hacia lo oscuro
y ver el mar
o el imposible sueño
de un paisaje imposible.
Cabe la luna
en una habitación,
el color, el deseo,
un papel arrugado,
la peor pesadilla
de dioses furibundos.
Todo cabe
tras ese cristal roto.



Qué ocultará esa puerta...
Traspassarla
con ojos de visita curiosa,
escudriñar los muebles,
indagar
en cajones y armarios
y quedarse a vivir
en su mundo escondido.



¿Y si alguien abriera?

?

?

?

?

Otros usaron antes este barro,
levantaron refugios
frente a tanta intemperie,
imprimieron su huella
-seña de identidad de los que fueron
antes de ser nosotros-
y partieron
cuando llegó su tiempo.





La pared es vieja y erosionada.
La lluvia y los desconchones
dejan ver sus adobes,
su esqueleto de madera.
Contra ella, a la solana,
un tosco banco de tablas
mal desbastadas.
Allí se sientan,
a desgranar su ruina
hablando del pasado.



Busco entre los escombros
el nombre de una calle
por la que un día pasé
joven y más feliz.
Apenas sí recuerdo
la desconchada placa
de hierro y porcelana,
clavada en la pared.
Se oculta en mi memoria
emboscada y furtiva,
temerosa
de tanto acabamiento.



De pronto otra vez la lluvia.
Efímero espejismo
detrás de la ventana.
Ávidos de humedad,
bebemos con los ojos.



Podría describir con gran detalle
la callada labor de la intemperie,
los cráteres que ofrecen refugio a las arañas.
Resultaría fácil seguir la línea exacta
que marca los achaques de las cosas.
Sería muy sencillo, os lo aseguro.
Nada me costaría menos,
porque estaría hablando de mí mismo.



Todo esto desaparecerá algún día,
caerá en el abandono,
engrosará la larga caravana
de los días adversos.
Nadie recordará
estas cuatro paredes.
Nadie podrá saber
-el olvido es infame-
quién levantó los muros,
qué manos se afanaron
con la cal y la arena, con el barro,
con las piedras del páramo
ni adonde fue el sonido
de las voces antiguas
compartiendo palabras
al calor de la lumbre.

Quedó arrumbado el tiempo
con los viejos aperos inservibles.
Un día procuraron
el pan –tan necesario-,
el trabajo, el afán
de hombres taciturnos
que salían al campo
en busca de sustento
y a veces regresaban
con las manos vacías.



Platos vacíos quedan
de quien no tuvo pan
que llevarse a la boca.



I

Por el calor en el rostro
sabía dónde estaba el sol,
si era temprano o tarde,
otoño o primavera.
Su mejilla, el termómetro
que regía las horas.

||

Con sus manos veía.
Dirigía con ellas
el rumbo de sus pasos.

Nunca erraba el camino.

La ciega.



“El Silva” le llamaban
y se llamaba José Mari,
José María Silva.
¡Cuánta energía junta
y cuánta humanidad
para un solo hombre!
No le cabía en el cuerpo.
De sus manos
brotaba la alegría de la fiesta,
la perenne sonrisa de su boca,
la complicidad limpia de sus ojos.
Y nunca se cansaba
de repartir canciones.





LA VIUDA

Tras los muros de piedra está su reino.
Es ella quien gobierna
el país de silencio y soledad
que es ahora la casa.
Vive dentro de sí.
Tras los visillos, siente pasar la vida
y todo le es ajeno.
Tarde tras tarde espera la visita
que nunca llegará.

LA MUJER QUE SONRÍE

La mujer que sonríe
se ha cruzado conmigo.
Ha dejado en la acera
su senda de alegría
y ha pasado de largo.
De su brazo camina la esperanza.
Voy a seguir sus pasos
en busca del lugar
que proscribió el silencio.

REGRESO

Algunos regresaron ya mayores,
persiguiendo al que fueron,
aquél que marchó lejos
con la ilusión al hombro.
Ahora buscan en vano
la sensación de entonces.
Se niegan a olvidar que un día
fueron niños
jugando entre los trigos,
entre risas de plata.



MUJER CON FLORES SECAS

La veo cada día
con un ramo sin brillo.
A todas partes lleva
su presente de flores,
la ofrenda para alguien que no existe
y apenas conoció.
Le robaron la vida.
La memoria de otro –única compañía-
le acompaña.
Desde siempre lo busca, pregunta
a los que pasan
y nunca se detienen,
a los que van de prisa, esquivando su voz.
El ramo, ya marchito,
se deshace en su mano.
Ella nunca descansa.
Recorre los caminos,
en busca del lugar
anónimo del crimen.
Quiere dejar sus flores
-también muertas-
a quien yace olvidado
en alguna cuneta
solitaria.

EL QUE OBSERVA

Contempla con minuciosidad el paisaje,
el camino que asciende en la ladera,
las margaritas brotando en la cuneta,
a ambos lados;
los insectos, indiferentes a quien pasa.
Escucha su zumbido y trata de distinguir:
abeja, moscardón, chicharra, grillo.
Reconoce a lo lejos el murmullo de la fuente
y la figura de un hombre encorvado
que bebe agua con las manos.

He venido al jardín abandonado
donde crece el laurel
y he llorado
recordando a la niña que recogía flores
¿qué habrá sido de ella?
La imagino
en un lugar lejano,
en un tiempo ya ido
donde sueños posibles hacían sonreír.
Aún la sigo viendo
cuando cierro los ojos.

EL MOZO VIEJO

Huérfano a los sesenta
el mozo viejo,
frente al televisor deja pasar los días.
Habla con la presentadora
de los telediarios,
grita iiiigooool!!!
como si en ello fuera su futuro,
cena la sopa fría
que hizo el día anterior
y recuerda a la madre
a quien tanto echa en falta,
con la conformidad
de quien ya nada espera.



LOS SOLITARIOS

Pasan los solitarios
por las calles desnudas.
Algunos se saludan
con fórmulas gastadas:
"buenos días", se dicen
con palabras cansinas
y continúan lentos
su triste deambular.
Pueden ser multitud
pero siempre están solos,
cada cual encerrado
en su mundo pequeño,
en su cuarto sin puertas
ni ventanas
en su calmo pasar,
en su costumbre.

LA SOLITARIA

A la sombra,
solitaria
como todas las tardes,
se sentará
a desgranar rosarios.
Parece que te mira,
no sabes si decirle adiós
y pasas de largo.
Ella sigue esperando,
consumiendo la tarde,
disolviendo la vida
entre sus dedos.



Se suceden las horas entre risas,
complicidad oculta en las miradas
y en los gestos.

La suerte es de cartón, el oro falso
pero lo que se busca es compañía,
matar juntos el tiempo
por no sentirse solos.

Se aleja,
el paso vacilante,
aplastando las hojas que el otoño
esparció en el camino.
Ya no mira hacia atrás.
El pasado está lejos,
el presente es cansancio
y el futuro se acorta
con cada nuevo paso.
No busca el horizonte,
sólo mira hacia el suelo
para no tropezar.
Metáfora de un tiempo rezagado,
las hojas del castaño son
hojas de un calendario
que avanza
inexorable.



EL PASEANTE

La perra le sigue a todas partes,
estorba su camino,
le hace tropezar.
"ichiiita!", le dice,
pero está sorda, es vieja y torpe,
espejo donde ver
el pronto deterioro.

LOS OCIOSOS

Dorada luz,
adobes
a la puesta del sol
y palabras sentadas
recomponiendo en sílabas
el día
que se aleja.

ALBA

ROMANUS

Esos desconocidos
que grabaron sus nombres
a punta de navaja,
para jurarse amor.

EL QUE CANTA

I

Ese hombre:

¿Canta ese hombre?

¿Qué canta ese hombre?

¿Por qué canta ese hombre?

¿Sabe por qué canta ese hombre?

¿Alguien sabe por qué canta ese hombre?

¿Alguien sabe por qué canta ese?

¿Alguien sabe por qué canta?

¿Alguien sabe por qué?

¿Alguien sabe?

¿Alguien?...

II

Se oye desafinada
la voz de alguien que canta.
Se alza sobre los patios.
No sé de dónde viene
ni quién será su dueño
pero se deja oír
por todos los rincones
y huye la soledad
galopando en la tarde
hacia islas más lejanas.

Tocaron al ganado.

Hilera de balidos la mañana.







EL PASTOR

Una nube de polvo anuncia su llegada.
Regresa con la tarde, el paraguas terciado,
sujeto con cordel, aunque no llueve.

Dos perros
siguiéndole los pasos
y el rebaño
con la premura exacta
de quien sabe la ruta
de tanto transitarla.



Han trazado un sendero
que nadie puede ver,
pero ellas caminan
a un destino inseguro.
Obcecadas,
siguen un mismo afán
y nunca desfallecen.
Voy a seguir su ejemplo.
Al final del camino
habita la esperanza.



Sólo un leve zumbido,
un sordo ronroneo las delata.
Su labor incansable
endulza las mañanas
con su oro pegajoso.



Mi casa va conmigo
donde yo vaya.
Unas veces abierta,
otras, cerrada.



En sus nidos de barro,
encaramadas
bajo vigas y aleros,
sortean la intemperie,
el azote del viento y de la lluvia,
el peligro
de las manos airadas
y las garras dispuestas.



Acecha el gato
el devenir del tiempo,
el paso de los días.
Generoso, me perdona la vida.
Sus ojos contemplaron
la caída de Roma,
el paso de los bárbaros,
las mesnadas cristianas,
las balas fratricidas.
Yo no tengo importancia:
soy tan solo una sombra
que pasa y no regresa.





Nichos vacios
donde había zureos.
Ahora sólo el polvo
almacena los días
monótonos, iguales,
sucesivos,
en los huecos dejados
por las alas vencidas.



La leve ingravidez de las aves en vuelo
se detuvo un instante.
Se ha congelado el mundo
entre sus alas quietas
y rompe su estridencia
el silencio del aire.
Un murmullo de trinos
son las ramas desnudas.



I

Alados pañuelos
de las ramas.

Pájaros.

Lento goteo su canto,
se funde con las sombras.



Pájaros en los cables,
atrapando en el vuelo
las palabras urgentes
de una voz indecisa.



Violín desafinado y persistente,
siempre dispuesto
a ofrecer su concierto,
oculto a la mirada del que pasa,
nunca descansa
el grillo.





El viento detenido
entre unas alas muertas.

Dos ojos que me miran
desde muy, muy lejos,
desde muy, muy hondo,
desde muy adentro
y con paciencia esperan,
mientras hacen
su secreta labor.

Yo los observo.
Sostengo su mirada.



